

A la zaga del vagabundo

El desdibujado rastro del errante a través de la bruma adquiere nítida estampa, verso tras verso en *Vagabundo en la niebla*.*

Se entiende por vagabundo al ocioso que anda de un lugar a otro sin oficio o intención determinada; pero tal definición no pasa de ser una máscara que demuestra indiferencia ante su entorno y sonríe, entre burlona y boba, encubriendo así un terrible poder: el poético.

Los textos nacen de un ambulante hermano de aquel que los románticos alemanes conocieron como *wander*; más que palabra, contraseña de una actitud manifiesta en andanzas a campo abierto, mochila al hombro, pertrechados de pan, queso y hambre de libertad; encarnan la nostalgia por el arquetipo del salvaje del medioevo, en cuanto a una existencia marginal, expulsados del civilizado seno a causa de feroces amores y transformado en santo por la acción que sobre su carne y su espíritu ejercía la naturaleza. Sobre estos antecedentes Irving Ramírez se erige como una renovada versión de *wanderer* capaz de profundizar en el sustrato transgresor: no escapa al bosque, permanece en la espesura de concreto para ser su otredad. La clarividencia antes condicionada a la negación de lo urbano es convocada mediante la reconciliación de naturaleza y ciudad:

* Irving Ramírez. *Vagabundo en la niebla*, Fondo Editorial Tierra Adentro núm. 72, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1993.

En este callejón las bugambilias arrojan
sombras,
mariposas caídas en la piedra.

(Infiernillo, p. 57)

Figura entre los logros de Irving Ramírez haber enunciado el retrato hablado del heredero del místico desterrado medioeval y de los transfugas románticos: el salvaje urbano.

(...) rondan con las manos inermes;
su barba no es historia
lo negro de sus ropas lo toman de la
noche
y esos pasos que amparan
un tremendo vaivén de la interperie

(Clochards, p. 56)

Peregrinos en las fronteras del amor
cortés

(...) andan sucios por la calle,
un amor los ha arrojado a la aventura,
escogen la errancia o la deriva.
(...) El amor despojó sus vestiduras, las
leyes y reglas que también eran lugares
y aposentos
los hizo locos, huyentes, arrebatados
enigmas de la ausencia.

(Mirada de los errantes, p. 54)

Dejan atrás bosques y desiertos, se
infunde nueva dignidad a las calles
como lugares propicios para el arrobo
poético:

(...) los ríos somos nosotros,
sin cauce ni corriente,
aguas de carne que diversifica ardores
y arrastramos a otros y nos arrastran
y vemos prender la mecha del amor
sin poder evitarlo.

(Capital del recuerdo, p. 59)

Vagabundo inmerso en la niebla, dibuja su propio espacio en tres momentos. Comienza —el libro y el *wander*— por "Cruzar el patio", gesto a partir del cual la mirada se expande hasta una nocturna carretera en soledad, donde su humanidad se lanza al cielo:

Y yo salí a orinar con los brazos
alzados hacia el imán del cosmos.
(Orduña, p. 43)

Tras cruzar "Vagabundo en la niebla" transitando alternativamente del césped al asfalto, los pasos arriban a un tercer dominio en el que los versos fluyen de "Bocas que crepitan" y recapitulan despidiéndose con "Desprendida luz":

(...) luz en las plumas de un pájaro que
pasa,
energía abandonada en la penumbra,
viva llama,
lámpara de miedos sin respuesta.
(Desprendida luz, p. 100)

La niebla con su aliento húmedo y frío enciegece los ojos físicos del vagabundo para otorgarle a cambio un mirar de poeta y al fin, conocerse a sí misma:

La niebla se enmascara de ciudad.

Georgina Blanco Jiménez

